

**Homilía pronunciada por el Sr. Cardenal Norberto Rivera C., Arzobispo
Primado de México, en la Catedral Metropolitana de México.**

23 de Julio del 2017. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

En las tres parábolas que acabamos de escuchar Jesús describe la situación de la Iglesia en la historia. Son tres parábolas esenciales para comprender la naturaleza, la misión y el destino de su Iglesia. Es evidente que la etapa del Reino de los Cielos al cual se refiere Cristo en las tres parábolas se realiza aquí en la tierra, en nuestra historia, intrínsecamente ligada a la comunidad formada por Jesús. La parábola del grano de mostaza que pronto se convierte en un árbol nos habla del rápido crecimiento de la Iglesia. La parábola de la levadura también se refiere a un crecimiento, pero a un crecimiento en intensidad por su fuerza transformadora y no sólo numérico. Estas dos parábolas fueron comprendidas fácilmente, no así la parábola del trigo y la cizaña que necesitó una mayor explicación.

El mundo, hoy como hace dos mil años, es un campo sembrado por Dios con toda clase de bienes y riquezas extraordinarias. En las entrañas del mundo, sembradas por Dios, anidan una serie de leyes y potencialidades incontables, que el hombre con su inteligencia ha de ir descubriendo y poniendo a disposición para cumplir con el mandato divino: “Dominen la tierra”. Los inventos y el progreso está previsto por Dios para que sus hijos tengan una casa más perfecta y habitable, un mundo más fraterno y humano.

Pero fácilmente descubrimos que en nuestro mundo no todo es trigo limpio. La cizaña hace su aparición sin cesar en todas las realidades. La civilización que hemos logrado alcanzar a fuerza de siglos de esfuerzos tiene enormes grietas. Avances científicos maravillosos que deberían ayudar al progreso humano se han convertido en armas mortales. Sistemas económicos y Medios de Comunicación que deberían ayudar a hermanar y a quitar barreras se convierten con frecuencia en creadores de abismos. Naciones Unidas que se presentan como vigilantes de los derechos humanos y al mismo tiempo promotoras de la violación del derecho más fundamental que tiene el ser humano: la vida. Bienes, servicios y satisfactores alcanzados por el esfuerzo de muchas generaciones y por el trabajo de obreros incontables, disfrutados por una minoría.

Las injusticias, las venganzas, las guerras familiares o mundiales, el hambre, la tortura, la miseria, el subdesarrollo, la incultura, la inmoralidad y todas las lacras sociales, que conviven con tanto bien que hay en el mundo, no son sino fruto del pecado, de nuestros pecados personales y comunitarios. Cuando Jesús nos explica que “la cizaña son los partidarios del maligno, el enemigo que la siembra es el diablo”, corremos el peligro de jugar

ARZOBISPO PRIMADO

el juego peligroso e injusto de “buenos y malos”, creyendo que nosotros somos los buenos y todos los demás son los malos. No es así, todos llevamos dentro hermanados a Caín y a Abel, todos tenemos parte de ángel y parte de demonio, como un doble yo, en continua lucha. Tampoco podemos echarle la culpa a nuestra libertad ya que es el bien máximo que hemos recibido y que nos hace superiores a todos

los demás seres de la creación. La tragedia está en que pudiendo usar bien de la libertad que se nos ha dado, con frecuencia abusamos de ella, la usamos mal y pecamos.

El mundo no se divide en hijos de las tinieblas y en hijos de la luz, más bien todos estamos heridos por el pecado, participando de las tinieblas y de la cizaña, pero también todos somos llamados y estamos destinados -si lo aceptamos- a convertirnos en luz, en buena cosecha, aceptando el Reino de Dios y convirtiéndonos. En la Historia de Salvación nada hay fijo, nada es fatal, no se dan castas de salvados y condenados, todos somos llamados a crecer, a transformarnos, a ser trigo bueno para la molienda de Dios. La Iglesia es el espacio para crecer, para convertirse y sobre todo es el espacio de la paciencia de Dios.

De hecho, la paciencia de Dios, tal y como se proclama en la primera lectura de hoy, es la clave de interpretación que la liturgia nos da: “Por ser el Señor de todos, eres misericordioso con todos... juzgas con misericordia y nos gobiernas con delicadeza... has llenado a tus hijos de una dulce esperanza, ya que al pecador le das tiempo para que se arrepienta”. En Dios la paciencia no es un simple esperar a que llegue el día del juicio, la paciencia en Dios es generosidad, misericordia y voluntad efectiva de salvar, por eso San Pablo nos dice: “¿Qué no sabes que la paciencia de Dios te empuja a la conversión?”

Ante la realidad de la cizaña en nuestro mundo, también ahora hay quienes hacen la misma pregunta que hicieron los criados de la parábola: “¿Señor, quieres que vayamos a arrancar la cizaña?” Y la respuesta sigue siendo la misma: “No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquen también el trigo”. Muchos son los que tienen la tentación de arreglar las cosas en el mundo queriendo suprimir los males con la violencia, olvidando que la violencia engendra violencia y que la fuerza, los insultos y las descalificaciones sólo sirven para encrespar más los ánimos. El consejo de Dios, “paciente y de mucha misericordia”, es la paciencia, el diálogo, la convivencia. Entre otras cosas porque, si bien la cizaña no se puede convertir en trigo, el hombre que nosotros juzgamos malo o que vive en el error, se puede convertir o puede encontrar la luz de la verdad: “Dejen que crezcan juntos hasta el tiempo de la cosecha y, cuando llegue la cosecha, diré a los segadores: Arranquen primero la cizaña y aténla en gavillas para quemarla; y luego almacenen el trigo en mi granero”.

ARZOBISPO PRIMADO
